

XX.

**Ernautón de Carmainges.**

Ernautón quedó en el campo de batalla bastante perplejo acerca de lo que debía hacer con los dos enemigos que iban á abrir los ojos entre sus brazos.

Sin embargo, como no había ningún peligro en dejarles alejarse, y como era probable que maese Roberto Briquet (este era el nombre con que Ernautón conocía á Chicot) no volvería atrás para rematarlos, nuestro joven fué á ver si descubría

algún auxiliar, y no tardó en hallar en el mismo camino lo que buscaba.

En lo alto de la cuesta se percibía un carro que Chicot había debido dejar atrás, según la velocidad con que corría, y que se destacaba vigorosamente en el fondo de un cielo iluminado por los rojos rayos del sol próximo al ocaso.

Tiraban de aquel carro dos bueyes guiados por un aldeano.

Ernautón se acercó al conductor, quien, al verle llegar, tuvo fuertes tentaciones de abandonar su carro y tomar las de Villadiego, y le refirió que acababa de darse un combate entre hugonotes y católicos, y que había sido funesto á cuatro hombres, pero que quedaban dos heridos, que necesitaban socorro.

El paisano, bastante asustado de la responsabilidad de una buena obra, pero más asustado aun, como hemos dicho, del semblante guerrero de Ernautón, ayudó á éste á transportar al carro al señor de Mayenne y al soldado que, desmayado ó no, seguía con los ojos cerrados.

Quedaban los cuatro muertos.

— Caballero, — preguntó el aldeano, — ¿ estos cuatro hombres eran católicos ó hugonotes ?

Ernautón había visto al paisano hacer la señal de la cruz en el momento de su terror.

— Hugonotes, — respondió.

— En ese caso, — replicó el paisano, — no hay inconveniente en que yo registre sus bolsillos, ¿ no es verdad ?

— Ninguno, — respondió Ernautón, á quien era indiferente que fuese aquel paisano, ó el primero que llegara, quien heredase á aquellos pobres diablos.

El paisano no aguardó á que se lo dijeran dos veces, y registró escrupulosamente los bolsillos de los muertos.

Éstos, al parecer, habían tenido muy buen sueldo en vida, porque, terminada la operación, se pintó la alegría en la cara del aldeano.

De aquella felicidad que inundó todo su cuerpo y alma á la vez, resultó que agujoneó de firme sus bueyes para llegar más pronto á su choza.

El señor de Mayenne recobró los sentidos en el establo, y en una buena cama de paja de aquel excelente católico. El dolor causado por las sacu-

didadas del carro, no había bastado á reanimarle; pero cuando el agua fresca derramada sobre la herida hizo correr de ella algunas gotas de sangre amoratada, el duque abrió los ojos y los fijó en los hombres y las cosas que le rodeaban con una sorpresa fácil de concebir.

No bien se reanimó el señor de Mayenne, cuando Ernautón hizo que el aldeano se retirase.

— ¿Quién sois, caballero? — le preguntó el duque.

Ernautón se sonrió y dijo:

— ¿No me reconocéis ya?

— En efecto, — añadió el duque arrugando el entrecejo, — sois el que ha prestado ayuda á mi enemigo.

— Sí, pero también soy el que ha evitado que vuestro enemigo os matase.

— Así debe ser, supuesto que estoy vivo, á menos que me haya creído muerto.

— Se ha retirado sabiendo que respirabais.

— Pero creía que mi herida era mortal.

— Lo ignoro, pero el resultado ha sido que, á no haberme opuesto yo, iba á haceros una que indudablemente lo hubiera sido.

— Pero ¿por qué habéis ayudado á matar á los míos para estorbar después mi muerte?

— Nada es más sencillo, caballero, y extraño mucho que un hombre principal (pues me parece que lo sois) no comprenda mi conducta. La casualidad me ha conducido por el mismo camino que seguíais, y al notar que muchos hombres acometían á uno solo, he defendido á éste; pero viendo después que aquel valiente (porque sea quien fuere, caballero, debemos reconocer su bravura) decidió la victoria batiéndose brazo á brazo contra vos, interpusi mi espada entre su daga y vuestro pescuezo, porque no me pareció puesto en razón que abusase de su victoria matándoos.

— ¿Me conocéis? — preguntó Mayenne lanzando sobre su interlocutor escrutadoras miradas.

— No tengo necesidad de conoceros; sé que estáis herido, y esto me basta.

— Hablad con más franqueza, caballero; vos me conocéis.

— Por Dios, que también es muy particular que no queráis comprenderme: os aseguro que tan poco noble me parece el asesinar á un hombre que yace

por tierra indefenso, como el que seis armados acometan á uno solo.

— Admitiréis, sin embargo, la observación de que todo cuanto se hace en el mundo puede estar sujeto á ciertos motivos...

Ernaulón se inclinó sin contestar.

— ¿No habéis visto, — prosiguió Mayenne, — que he cruzado la espada de hombre á hombre con mi contrario ?

— Sí.

— Ese hombre, además, es un enemigo mortal para mí, así como yo lo soy para él.

— Lo creo, porque me ha dicho lo mismo.

— ¿ Y si no muero de esta herida ?

— Nada tengo que ver con eso, y haréis lo que os acomode.

— ¿ Y me creéis en efecto herido de peligro ?

— He examinado la herida, caballero, y aunque la considero grave, se me figura que no moriréis de ella. El acero ha rozado las costillas, según creo, pero sin penetrar en la cavidad del pecho. Respirad y veréis como no sentís dolor alguno hacia el pulmón.

Mayenne respiró con trabajo, pero sin padecer interiormente.

— Es verdad, — dijo ; — pero, ¿ y los hombres que me acompañaban ?

— Han muerto á excepción de uno.

— ¿ Han quedado en el camino ?

— Sí.

— ¿ Los han registrado ?

— El aldeano que habéis visto al abrir los ojos y que os da hospitalidad, se ha encargado de eso.

— ¿ Qué ha encontrado ?

— Algún dinero.

— ¿ Y papeles ?

— Lo ignoro.

— ¡ Ah ! — exclamó Mayenne con manifiesta satisfacción.

— Por lo demás, el hombre que ha quedado vivo puede informaros mejor que yo.

— ¿ En dónde está ?

— En esta choza á dos pasos de aquí.

— Llevadme á su lado, ó más bien traedle al mío, y si sois hombre de honor, como creo, juradme que no le haréis la menor pregunta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

— No soy curioso, caballero, y ya sé todo cuanto me importa respecto á este asunto.

El duque miró á Ernautón con alguna inquietud.

— Caballero, — le dijo éste, — desearía que encargaseis á otro esa comisión que me dais.

— Perdonad, caballero, me he equivocado, y os suplico que me serváis en lo que os pido.

Cinco minutos después se hallaba el soldado en el establo.

Al divisar al duque de Mayenne, lanzó un grito, pero el duque tuvo la serenidad de poner un dedo sobre su boca, y el soldado calló.

— Caballero, — dijo Mayenne á Ernautón, — mi reconocimiento será eterno, y tal vez algún día nos encontremos en mejores circunstancias. ¿ Puedo saber á quién tengo el honor de hablar ?

— Yo soy el vizconde Ernautón de Carmainges, caballero.

Mayenne esperaba una explicación más detallada, pero el joven conoció que le tocaba á su vez mostrarse reservado.

— ¿ Seguíais el camino de Beaugency, caballero ?

— añadió el duque.

— Sí, por cierto.

— Quiere decir que os he servido de mucha incomodidad, pues no podéis poner os en marcha esta misma noche.

— Al contrario, caballero, voy á partir ahora mismo.

— ¿ En dirección á Beaugency ?

Ernautón miró á Mayenne como hombre á quien incomodaba tan pertinaz insistencia.

— No, hacia París, — contestó al fin.

El duque pareció admirarse.

— Perdonad, — repuso de allí á un instante; — pero no deja de ser extraño que, dirigiéndoos á Beaugency y habiéndoos detenido una circunstancia imprevista, abandonéis el objeto de vuestro viaje sin motivo apremiante.

— La cosa es muy sencilla, caballero, — respondió Ernautón; — iba á una cita, y como he tenido precisión de detenerme aquí por el suceso que sabéis, me impide encontrar á la persona que buscaba : por eso me vuelvo atrás.

Mayenne procuró, aunque en vano, leer en el semblante impasible de Ernautón otro pensamiento que el que expresaban sus palabras.

— Mucho siento, — murmuró, — que no per-

manezcáis conmigo algunos días, pues enviaría á este soldado para que me trajese de París un cirujano, porque ya podéis conocer perfectamente que me será imposible permanecer solo entre estos aldeanos á quienes no conozco.

— ¿Y por qué, — replicó Ernaudón, — no ha de ser vuestro soldado quien se quede aquí, y yo quien os envíe un cirujano?

Mayenne vaciló.

— ¿Sabéis el nombre de mi enemigo?

— No, señor.

— ¿Cómo! ¿Le habéis salvado la vida y no os ha dicho cómo se llama?

— No se lo he preguntado.

— ¿Por qué?

— También á vos os he salvado la vida, caballero, y sin embargo nada os he preguntado tampoco. En cambio los dos sabéis mi nombre. ¿Qué importa que el libertador no sepa cómo se llama el hombre á quien ha salvado? Éste es quien debe saber cómo se llama su salvador.

— Ya veo, caballero, que nada podré saber de vos, y que sois tan discreto como valiente.

— Y yo, caballero, estoy conociendo que pronun-

ciáis esas palabras como una recriminación, que siento mucho, porque lo mismo que os alarma debiera por el contrario tranquilizaros. Me es imposible haberme mostrado demasiado discreto con el uno sin serlo un poco con el otro.

— Tenéis razón: dadme vuestra mano, señor de Carmainges.

Ernaudón le alargó la mano, pero sin que nada hiciese sospechar en su rostro que sabía que la que estrechaba era mano de príncipe.

— Habéis censurado mi conducta, caballero, mas no puedo justificarme ni revelar grandes secretos. Mejor es, por consiguiente, que no vayamos más lejos en cuanto á confianzas recíprocas.

— Tened presente, caballero, que os defendéis cuando yo no os acuso: creed que sois perfectamente libre para hablar ó callar.

— Mil gracias, caballero, ya callo: sabed únicamente que pertenezco á una casa principal, y que puedo servirlos en cuanto se os ofrezca.

— Dejémonos de eso, caballero, — respondió Ernaudón, — y creed que seré tan discreto en cuanto á vuestra fortuna como respecto á vuestro nombre.

Merced al amo á quien sirvo, de nadie tengo necesidad.

— ¡ Vuestro amo ! — exclamó Mayenne con inquietud. — ¡ De qué amo queréis hablar ?

— Han cesado nuestras confianzas, según vos mismo habéis dicho, — replicó Ernautón.

— Es justo.

— Además, vuestra herida empieza á inflamarse, y os conviene guardar silencio.

— Sí, tenéis razón. ¡ Oh ! ¡ si estuviese aquí mi cirujano !

— Yo vuelvo á París, como os he dicho, y podéis indicarme dónde vive.

Mayenne hizo una señal al soldado, quien se acercó á él, y ambos hablaron en voz baja.

Ernautón se separó de ellos dando una nueva prueba de su discreción habitual.

Por último, después de algunos minutos de consulta, el duque se volvió hacia Ernautón.

— Señor de Carmainges, — le dijo : — ¡ me dais vuestra palabra de honor de que, si os entrego una carta, la pondréis fielmente en manos de quien va dirigida ?

— Os la doy, caballero.

— Y yo creo en ella, pues sois demasiado generoso para que no me fie ciegamente de vos.

Ernautón le hizo un saludo.

— Voy á confiaros parte de mi secreto, — dijo Mayenne, — soy de la guardia de la señora duquesa de Montpensier.

— ¡ Ah ! — exclamó Ernautón con sencillez : — ¡ por Dios vivo, que yo ignoraba que la señora duquesa de Montpensier tuviese guardias !

— En estos tiempos de turbulencias, — contestó Mayenne, — todo el mundo se guarda lo mejor que puede, y como la casa de Guisa es una casa soberana...

— No os pido la menor explicación, caballero ; pertenecéis á la guardia de la señora duquesa, y esto me basta.

— Prosigo, pues : iba á Amboise con una comisión cuando he encontrado á mi enemigo : ya sabéis lo demás.

— Sí, — dijo Ernautón.

— Detenido por esta herida antes de haber cumplido dicha comisión, debo dar cuenta á la duquesa de los motivos de mi tardanza.

— Es vuestro deber.

— ¿Y tendréis la bondad de poner en sus propias manos la carta que voy á tener el honor de escribirle?

— Con tal que haya por aquí papel y tinta... — observó Carmainges levantándose para buscar dichos objetos.

— Es inútil, contestó Mayenne; — ese soldado debe tener mi cartera.

En efecto, el soldado la sacó de su bolsillo, Mayenne se volvió hacia la pared para tocar un resorte, y la cartera se abrió; escribió algunas líneas en ella con un lapicero, y la volvió á cerrar con las mismas precauciones y misterio.

Una vez cerrada la cartera, era imposible abrirla sin romperla, á no conocer el secreto del resorte mencionado.

— Caballero, — dijo el joven, — dentro de tres días estará esta cartera en poder de la duquesa.

— ¿En su propia mano?

— En propia mano de la duquesa de Montpensier.

El duque estrechó las de su valiente y generoso emisario, y fatigado por la conversación que

acababa de tener y por la carta que había escrito, cayó sobre la paja bañado en sudor.

— Caballero, — dijo el soldado de un modo que pareció á Ernautón poco en armonía con su traje, — me habéis amarrado como á un becerro; pero, que os parezca bien ó mal, miro vuestro lazo como una cadena de amistad y os lo probaré á su tiempo.

Al mismo tiempo le alargó la mano, cuya blanca había llamado ya la atención del joven.

— Sea como queréis, — dijo Carmainges sonriéndose, — ya tengo dos amigos más.

— No os burléis, caballero, — replicó el soldado; — lo mucho no daña, si es bueno.

— Habláis como un libro, camarada, — contestó Ernautón, — y partió sin perder tiempo.